

EL SIGLO DE ORO.

SILVA MORAL.



Abrica de la inmensa arquitectura
Deste mundo inferior, que el hombre imita,
Pues como punto indivisible encierra
De su circunferencia la hermosura,
Y copiose la tierra.

De quanto en ella habita
Con tantos peregrinos ornamentos,
Llenos los tres primeros elementos
De peces, fieras, y aues, que vivian
De toda ley essentos,
Si bien al hombre en paz reconocian
Aun no palido el oro,
Porque nadie buscava su tesoro,
Y el diamante tan bruto, aunque brillante,
Que mas era peñasco, que diamante,
Los arboles sembrados de colores,
Y los prados de flores
Buscando los arroyos sonoros
En arenosas calles
Por las obliquas señas de los valles
Los rios caudalosos,
Y sobernios los rios
Entre bosques sombríos
Vestidos de cristales transparentes,
Sin boluer la cabeça a ver sus fuentes
Anhelando a Oceanos
Perdiendo en el sus pensamientos vanos,
Y sin temor alguno
De verse el Tridentifero Neptuno.
Oprimido del peso de las naues,

Abriendo

Abriendo sendas por sus ondas graues
 Los hijos de los montes
 Excelsos pinos, y labradas ayas
 Para passar por varios orizontes
 A las remotas playas
 De climas abrasados
 Frigidis, o templados,
 Ni el cavallo animoso relinchaua
 Al son de la trompeta,
 Ni la ceruiz sujeta
 Al yugo el tardo buey el campo araba,
 Que sin romper la cara de la tierra
 Con natural impulso producia
 Quanto su pecho generoso encierra,
 Que como en la primera edad viuia
 Con desorden florida, y balbuciente
 Dava prodigamente
 Con fertil abundancia
 Al mundo su riqueza,
 Porque como muger naturaleza
 Es mas hermosa en la primera infancia,
 No haziendo distincion de tiempo alguno
 Danan flores, Vertuno
 Con diferentes frutas primitiuas,
 Las parras, y pacificas oliuas,
 Y la Dodonea encina por la rubia
 Ceres, que no tenia
 Necesidad de llubia,
 Y de su misma caña renacia
 Matizando los prados de violetas,
 De rosas, y de candidas mosquetas,
 No de otra suerte, que la alfombra pinta
 El Tracio con la seda de colores
 En cada rueda de labor distinta
 Arabicos caracteres, y flores,
 Que la naturaleza aun no pensaua,
 Que al arte su pinzel perficionaua
 A la parte Oriental Euro tendia
 Las alas vagarosas,
 El Austro, y Medio dia,



EL SIGLO DE ORO.

Y Boreas fiera a las distantes Ofas
Por el Setentrion temor ponía,
El Sol por sus dorados paralelos
Començaua el camino de los cielos,
Que por no diestra del calor la copia
Bianca Alemania, fue negra Etiopia,
Cuya Ecliptica de oro no sabía
El nombre de los signos que tenía,
Ni en su campo pensò, que espigas de oro
Paciera el Aries, y rumiara el Toro.
La casta Luna en su argentado Plaustro
No se mostraua al Aulstro
Lluuiosa, alternatiuas las dos puntas,
Vna a la tierra, y otra al claro cielo,
Sino pidiendo con las manos juntas
Calor al Sol para su eterno yelo,
Sin temer el Piloto en los confines
Del vasto mar Astrologos de fines,
Que pacifico Rey de su elemento
Se imaginaua superior al viento,
Los hombres por las seluas discurrían
Amando solo el dueño que tenían,
Sin interes, sin zelos:
O dulces tiempos! ò piadosos cielos!
Alli no adulteraua la hermosura
El marfil de su candida figura,
Ni la fingida nieue,
Y el bastardo carmin dauan al arte
Lo que naturaleza no se arreue,
Ni a Venus bella en conjuncion de Marte
Al cielo el Sol zeloso descubria,
Ni en Chipre se vendia
Amor artificial: ò Siglo de Oro
De nuestra humana vida defengañò;
Si vieras tanto engañò,
Tan poca fe, tan barbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto, y puro,
Todo limpio, y seguro,
Tanto que parecia
Vna misma armonia

La del cielo, y el suelo,
 Que aspiraua a juntarse con el cielo.
 Eneste tiempo de los altos Coros
 Hermosa Virgen con Real ornato
 Baxò a la tierra, que adorò el retrato
 De Iupiter diuino, y por los poros
 De las fertiles venas
 Vertio blancos razimos de açucenas,
 Y las fuentes sonoras
 Prouocauan las aues
 A canciones suaves
 En las del verde Abril frescas auroras,
 Que del son de las aguas aprendieron
 Quantos despues Chromaticos supieron.
 Venia vna castissima Donzella
 Vestida de vna tunica splendente,
 Sembrada de otras muchas, siendo estrella,
 Y vna corona en la espaciosa frente,
 Cuya labor, y auriferos espacios
 Ocupauan Iacintos, y Topacios:
 Los Coturnos con laços carmelies
 Forjauan esmeraldas, y rubies,
 Que descubria el cesiro suave
 De la fimbria talar con pompa graue
 Vn ardiente Crisolito la planta
 Para estamparla en tierra pura y santa.
 No sale de otra suerte por el cielo
 Con frente de marfil, y pies de yelo
 La candida mañana
 Guarneciendo de plata sobre grana
 La capa de zafiros
 De las sombras somniferos retiros,
 Y bolpiendo de inmensas pesadumbres
 Reflexos a sus mismas claridades
 De montes, y ciudades
 Cupulas altas de gigantes cumbres,
 A la noche tenia
 En negro empeño hasta el futuro dia:
 Los hombres admirados
 De ver tanta hermosura,

EL SIGLO DE ORO.

A quien ni aun el morir es fauorable,
Mientras mas voces dà, mehos oïdo,
El Sabio aborrecido,
Escuchado, y premiado el lifon jero,
Vencedor el dinero,
Ioseph vendido por el propio hermano
Lastima, y burla del estado humano,
Y entre la confusion de tanto estruendo
Emocrito riyendo,
Eracito llorando,
La muerte no temida,
Y para el sueño de tan breue vida
El hombre edificando
Ignorando la ley de la partida
Con presuroso buelo
Subiose en ombros de si misma al Cielo.

S O N E T O.

Lisboa por el Griego edificada,
Ya de ser Fenix inmortal presuma,
Pues deue mas a tu diuina pluma,
Docto Gabriel, que a su famosa espada.
Voraz el tiempo con la diestra ayrada
No ay imperio mortal que no consuma:
Pero la vida de tu heroyca suma
Es a'ma illustremente reseruada.
Mas ay! que quando mas enriqueciste
La Patria, que su artifice te llama,
Por la segunda vida que le diste.
Cipres fucito tu laurel enrama,
Si bien ganaste en lo que mas perdiste,
Pues quando mueres tu, nace tu fama.

E L

42-6

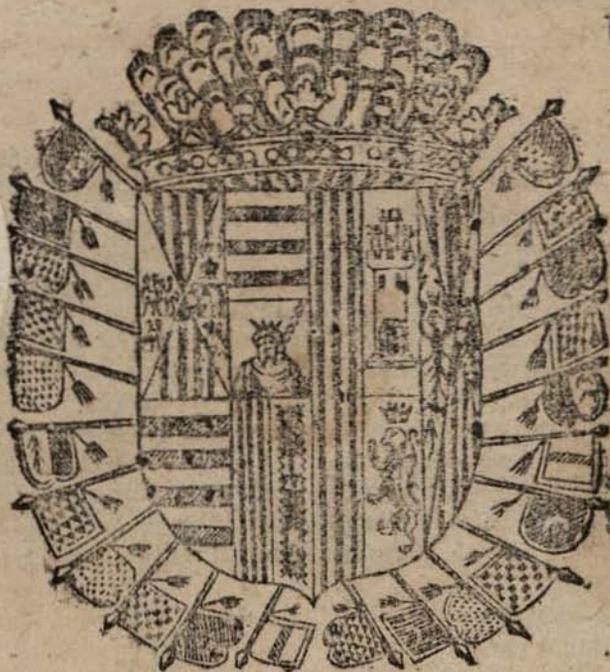
LA VEGA DEL PARNASO.

POR EL FENIX DE ESPAÑA
Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de
San Juan, Procurador Fiscal de la
Camara Apostolica.

DIRIGIDA

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR DON LUIS
Fernandez de Cordova, Cardena, y Aragon, Duque de Sessa, &c.

74



En Madrid, En la Imprenta del Reyno, Año 1637.

[<<< introducción](#)

BIBLIOTHECA AUGUSTANA

Lope de Vega
1562 - 1635

La Vega del Parnaso

póst. 1637

Selección:

[El siglo de oro](#)[Huerto deshecho](#)

EL SIGLO DE ORO

Silva moral

Fábrica de la inmensa arquitectura
de este mundo inferior que el hombre imita,
pues como punto indivisible encierra
de su circunferencia la hermosura,
5 y copiose la tierra
de cuanto en ella habita,
con tantos peregrinos ornamentos,
llenos los tres primeros elementos
de peces, fieras y aves, que vivían
10 de toda ley exentos,
si bien al hombre en paz reconocían.
Aun no pálido el oro,
porque nadie buscaba su tesoro,
y el diamante tan bruto, aunque brillante,
15 que más era peñasco que diamante;
los árboles sembrados de colores,
y los prados de flores,
buscando los arroyos sonoros
en arenosas calles;
20 por las oblicuas señas de los valles
los ríos caudalosos,
y soberbios los ríos,
entre bosques sombríos,
vestidos de cristales transparentes,
25 sin volver la cabeza a ver sus fuentes,
anhelando a Oceanos,
perdiendo en él sus pensamientos vanos,
y sin temor alguno
de verse el tridentífero Neptuno
30 oprimido del peso de las naves,
abriendo sendas por sus ondas graves
los hijos de los montes
excelsos pinos y labradas hayas,

35 para pasar por varios horizontes
a las remotas playas
de climas abrasados,
frígidos o templados.
Ni el caballo animoso relinchaba
40 al son de la trompeta,
ni, la cerviz sujeta
al yugo, el tardo buey el campo araba,
que sin romper la cara de la tierra,
con natural impulso producía
45 cuanto su pecho generoso encierra,
que como en la primera edad vivía,
con desorden florida y balbuciente
daba pródigamente
con fértil abundancia
al mundo su riqueza,
50 porque, como mujer, naturaleza
es más hermosa en la primera infancia.
No haciendo distinción de tiempo alguno,
daba flores Vertuno
con diferentes frutas primitivas;
55 las parras y pacíficas olivas
y la dodónea encina, por la rubia
Ceres, que no tenía
necesidad de lluvia,
y de su misma caña renacía,
60 matizando los campos de violetas,
de rosas y de cándidas mosquetas,
no de otra suerte, que la alfombra pinta
el tracio con la seda de colores,
en cada rueda de labor distinta,
65 arábicos caracteres y flores,
que la naturaleza aun no pensaba,
que el arte su pincel perficionaba.
A la parte oriental, Euro tendía
las alas vagorosas,
70 el austro y mediodía,
y Bóreas fiera a las distantes osas
por el Septentrión temor ponía;
el sol por sus dorados paralelos
comenzaba el camino de los cielos,
75 que por no diestra del calor la copia
blanca Alemania fue negra Etiopia,
cuya eclíptica de oro no sabía
el nombre de los signos que tenía,
ni en su campo pensó que espigas de oro
80 paciera el Aries y rumiara el Toro.
La casta luna en su argentado plaustro
no se mostraba al austro
lluviosa, alternativas las dos puntas,
una a la tierra y otra al claro cielo,
85 sino pidiendo con las manos juntas
calor al sol para su eterno hielo;
sin temer el piloto en los confines

90 del vasto mar astrólogos delfines,
que, pacífico rey de su elemento,
se imaginaba superior al viento.
Los hombres por las selvas discurrían,
amando sólo el dueño que tenían,
sin intereses, sin celos.
¡Oh dulces tiempos, oh piadosos cielos!
95 Allí no adulteraba la hermosura
el marfil de su cándida figura,
ni la fingida nieve
y el bastardo carmín daban al arte
lo que naturaleza no se atreve;
100 ni a Venus bella en conjunción de Marte
al cielo el sol celoso descubría,
ni en Chipre se vendía
amor artificial: ¡Oh siglo de oro,
de nuestra humana vida desengaño,
105 si vieras tanto engaño,
tan poca fe, tan bárbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto y puro,
todo limpio y seguro,
tanto, que parecía
110 una misma armonía
la del cielo y el suelo
que aspiraba a juntarse con el cielo.

En este tiempo de los altos coros
hermosa virgen con real ornato
115 bajó a la tierra, que adoró el retrato
de Júpiter divino, y por los poros
de sus fértiles venas
vertió blancos racimos de azucenas.
Y las fuentes sonoras
120 provocaban las aves
a canciones suaves
en las del verde abril frescas auroras,
que del son de las aguas aprendieron
cuantos después cromáticos supieron.
125 Venía una castísima doncella,
vestida de una túnica esplendente,
sembrada de otras muchas, siendo estrella,
y una corona en la espaciosa frente,
cuya labor y auríferos espacios
130 ocupaban jacintos y topacios.
Los coturnos con lazos carmesíes
forjaban esmeraldas y rubíes
que descubría el céfiro suave
de la fimbria talar con pompa grave;
135 un ardiente crisólito la planta
para estamparla en tierra pura y santa.
No sale de otra suerte por el cielo
con frente de marfil y pies de hielo
la cándida mañana,
140 guarneciendo de plata sobre grana

la capa de zafiros,
de las sombras somníferos retiros,
y volviendo de inmensas pesadumbres
reflejos a sus mismas claridades,
145 de montes y ciudades,
cúpulas altas de gigantes cumbres
a la noche tenía
en negro empeño hasta el futuro día.
Los hombres, admirados
150 de ver tanta hermosura,
preguntaron quién era,
no habiendo visto por los tres estados
del aire exhalación tan viva y pura
ni pájaro raro, que pudiera
155 ceñir la frente de tan rica esfera,
ni dar tales asombros
resplandecer sus hombros
con alas de oro, plumas de diamantes
no conocidos antes,
160 y aun presumir la admiración pudiera,
que el sol bajaba de su ardiente esfera
a vivir con los hombres como Apolo,
viéndose arriba, como sol, tan sólo.
Entonces, de sí misma esclarecida,
165 la hermosa reina a su piadoso ruego,
por una rosa de rubí partida,
en el jardín angélico nacida,
«Yo soy, les dijo, la Verdad», y luego,
como dormida en celestial sosiego
170 quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
mientras con ella la Verdad estuvo,
que cuanto en ella vive
su misma luz y claridad recibe.
Pero felicidad tan soberana
175 poco duró por la soberbia humana,
porque en países de diversos nombres,
por cuanto el mar abraza,
en esta universal del mundo plaza
el número creciendo de los hombres,
180 desvanecido el suelo
presumió desquiciar la puerta al cielo,
y habiendo ya ciudades
y fábricas de inmensos edificios,
con armas en los altos frontispicios,
185 comenzaron con bárbaras crueldades,
intereses, envidias, injusticias,
los adulterios, logros y codicias,
los robos, homicidios y desgracias,
y no contentos ya de aristocracias,
190 emprendieron llegar a monarquías.
La púrpura engendró las tiranías,
nació la guerra en brazos de la muerte,
los campos dividieron fuerza o suerte,
dispuso la traición el blanco acero

195 para verter su propia sangre humana,
y fue la envidia el agresor primero,
y procedió la ingratitud villana
del mismo bien a tantos vicios madre,
infame hija de tan noble padre.

200 Bañó la ley la pluma
en pura sangre para tanta suma,
que excede su papel todas las ciencias.
Tales son las humanas diferencias.
Pero por ser los párrafos primeros

205 y ser los hombres como libres, fieros,
no siendo obedecidas,
quitaron las haciendas y las vidas
a sus propios hermanos y vecinos
y hicieron las venganzas desatinos,

210 porque, dormidos los jüeces sabios,
castiga el ofendido sus agravios.
Robaban las doncellas generosas
para amigas, a título de esposas,
traidores a su amigo,

215 y todo se quedaba sin castigo,
que muchos que temieron
por no perder las varas, las torcieron,
y muchos que tomaron,
pensando enderezallas las quebraron.

220 ¡Oh favor de lo reyes!
Del sol reciben rayos las estrellas;
telas de araña llaman a las leyes,
el pequeño animal se queda en ellas
y el fuerte las quebranta.

225 ¡Ay del señor que a sus vasallos deja
al cielo remitir la justa queja!
Viendo pues la divina Verdad santa
la tierra en tal estado,
el rico idolatrado,

230 el pobre miserable,
a quien ni aun el morir es favorable,
mientras más voces da, menos oído;
el sabio aborrecido,
escuchado y premiado el lisonjero,

235 vencedor el dinero,
José vendido por el propio hermano,
lástima y burla del estado humano,
y entre la confusión de tanto estruendo
Demócrito riendo,

240 Heráclito llorando,
la muerte no temida
y para el sueño de tan breve vida
el hombre edificando,
ignorando la ley de la partida,

245 con presuroso vuelo
subióse en hombros de sí misma al cielo.

*